



JAN MARKO, DE CHECOSLOVAQUIA, FIRMANDO EL COMUNICADO FINAL.

EL LENTO PASO DE LA PAZ

Hacia las conversaciones Este-Oeste

La conferencia de los países comunistas (Pacto de Varsovia) en Praga ha sido breve, y su comunicado final, concreto: es un nuevo lanzamiento de la idea de una conferencia de seguridad europea, de una primera confrontación global en torno a una mesa de conferencias entre el Este y el Oeste. Se celebraría en Helsinki, capital de Finlandia (ver TRIUNFO, número 387, «Apertura finlandesa»). Las dos dificultades mayores que parecía presentar ese proyecto parecen vencidas. Una es el reconocimiento «de hecho» —a pesar de su timidez y de sus matices— que Willy Brandt ha hecho de la República Democrática de Alemania; tras él, no debe haber dificultad esencial para que las dos Alemanias se encuentren sentadas a la misma mesa discutiendo la seguridad de Europa. La otra es la participación de Estados Unidos y Canadá, que los países del Pacto de Varsovia admiten —o toleran— a pesar de no ser países europeos. Las propuestas concretas que hacen a Occidente son éstas: a) celebrar la conferencia en Helsinki en el primer semestre de 1970; b) llegar a una fórmula que excluya el uso de violencias y amenazas en las relaciones de países

«europeos», y c) ampliación entre esos países de las relaciones «comerciales, económicas, científicas y tecnológicas». Al mismo tiempo progresan por vía diplomática los contactos directos entre la URSS y los Estados Unidos que permitirían la reanudación de los cinco años de conversaciones entre las dos potencias para la consecución de un cierto desarme (primer paso, la limitación de pruebas nucleares en 1963; segundo paso, el tratado de no proliferación en 1968). Esta tendencia se ha institucionalizado ya en unas siglas, S. A. L. T. (Strategic Arms Limitation Talks, o conversaciones para la limitación de armas estratégicas). La fecha prevista para la reanudación es la del 17 de noviembre, y el lugar, también Helsinki; pero no se trata más que de conversaciones preliminares para una reunión posterior. Los pronósticos indican que pueden durar varios años, sobre los cinco pasados, y que un acuerdo satisfactorio será difícil. Los escépticos creen que el único interés de los dos países en estas conversaciones es no el de asegurar una tranquilidad al mundo, ni siquiera una tranquilidad mutua, sino el de poder aligerar sus presupuestos de guerra.

CHECOSLOVAQUIA

El sistema se cierra, la oposición crece

La necesidad urgente de reformas económicas, sociales y políticas en Checoslovaquia pudo haberse canalizado por la mediación del partido comunista; tendrá ahora que concretarse fuera de él. La palabra «normalización» que emplea el régimen reforzado de

Husak, la exclusión de los innovadores —para la que se emplea el término de «purificación»— arroja a la oposición exterior a quienes pretendían nuevas estructuras. Es indudable que la URSS, que dirige toda la operación —primero con la invasión militar, abo-

ra con las directrices políticas—, prefiere poder definir a la oposición como no comunista. Es una constante de todos los regímenes: llevar «fuera del sistema» a los disconformes, porque fuera del sistema la ley puede ser más represiva, la persecución más justificada ante los «neutrales». Sin embargo, para excluir del círculo mágico del poder a los inconformistas no hay, hasta ahora, más recurso que empujar y atrincherar ese círculo mágico, con lo que se corre el riesgo de dogmatizar la doctrina política, esclerotizarla y hacerla más vulnerable a las acusaciones. Inevitablemente se produce un aumento del número de disconformes de fuera del sistema, con lo que el poder tiene que cerrarse de nuevo... Es un círculo vicioso que se está experimentando prácticamente en todo el mundo, y la URSS, en Checoslovaquia —y en su propio país y en otros de su influencia—, no ha sabido escapar a esa trampa. La «normalización» de Checoslovaquia parece conseguida, y la reunión de una conferencia comunista en el castillo de Praga (véase nota en esta misma sección) parece una prueba de ello. Igualmente se dice que la URSS va a retirar sus tropas de Checoslovaquia, a excepción de unos treinta mil hombres, que no son más que los que tiene en otros países co-

munistas en virtud del Pacto de Varsovia. La operación se ha hecho lenta y moderadamente. No ha habido sangre ni cárceles, como pasaba en la época de Novotny —en la época de Stalin—. Hay personas desposeídas de sus cargos —desde Dubcek hasta los seis periodistas de Pilsen—, exclusiones del partido. Es decir, cierre del sistema y expulsión al mundo de «fuera del sistema». Hay, sobre todo, la terrible presión moral de dar a entender que todo es inútil, que todo ha sido en vano. En este aspecto no parece que la «normalización» haya llegado a ser totalmente eficaz. No hay huelgas, pero se advierte que el ritmo de trabajo de los obreros se ha hecho lento, y la producción puede disminuir de una manera grave. En algunas grandes fábricas, las faltas al trabajo por «causas justificadas» —en general pretextos de enfermedad— han aumentado de tal forma que se calculan en un 30 por ciento. Esto daña profundamente una economía ya seriamente alcanzada por los últimos acontecimientos. Parece que Husak estudia la posibilidad de regresar a la semana de seis días de trabajo para tratar de hacer frente a la situación, pero algunos de sus consejeros creen que aumentaría el descontento y el trabajo se haría aún menos regular, con lo cual la medida sería contraproducente.

El hombre que hablaba demasiado

EL VICEPRESIDENTE AGNEW SABE LO QUE HACE

Desde los momentos de su campaña electoral, Spiro T. Agnew fue un hombre que hablaba demasiado y, además, demasiado mal. Nixon tuvo que pedirle que hablase menos, ya que la idea de medir sus palabras parecía imposible. No lo ha conseguido. Agnew, ahora vicepresidente, sigue con su agresividad verbal. Hay quien dice que Nixon prefiere en estos momentos que hable para que cargue con todos los ataques de la nación, para que las críticas se desvíen hacia él. De hecho, Nixon, en una reunión del partido republicano, le ha defendido y ha expresado su satisfacción por la labor del vicepresi-

dente. La última ola de ataques procede de su discurso contra los organizadores del «Moratorium Day», a los que acusó de «impúdicos snobs», en un momento en que la forma moderada y digna en que habían realizado su campaña les ganaba la admiración y el respeto del país y de la opinión pública extranjera. Creer, sin embargo, que Agnew es un insensato que habla por hablar es un grave error. El vicepresidente está configurando su carrera política y está atrayendo hacia sí una gran masa americana. Cuando dice que «la vida es más visceral que intelectual» está argumentando una importante verdad, referida especialmente a su país. Si los intelectuales le culpan —o le responden—, los viscerales le apoyan. Y hay más viscerales que intelectuales. La idea de que los intelectuales tienen «una compulsión masoquista para destruir la fuerza del país» coincide con una gran parte de la opinión del país, que no se detiene a pensar que los intelectuales se limitan a levantar acta de que la destrucción del país, o de su fuerza, se está produciendo por otras razones. Los mensajeros con malas noticias han sido siempre castigados como si ellos mismos fuesen las malas noticias en lugar de sus portadores. La historia que Agnew cuenta de su hija Kim (catorce años) contribuye también a impresionar. Kim decidió ponerse un brazalete negro el día del «Moratorium» y manifestarse contra la guerra. «Empléese —dice Agnew— mucho tiempo para explicarle cómo habíamos participado

